

Asombro y desencanto. Dos viajes por Castilla y Francia

Jorge Bustos
Editorial Libros del Asteroide
Barcelona, 2021
197 pp.
ISBN: 978-84-17977-57-3



El periodista Jorge Bustos se define en esta crónica de viaje como “turista filósofo”. Recuerda al “pequeño filósofo” de Azorín, de quien Bustos recibe el magisterio estilístico y el afán por desentrañar los vestigios de una cultura mientras se camina. Habría que situar a Bustos, por lo tanto, en una vertiente orteguiana del artículo de viaje “como ejercicio espiritual de reminiscencia del pasado”, en palabras del profesor Ignacio Blanco, estudioso de la obra periodística de Ortega y Gasset.

Autor de ensayos como *La granja humana* (2015), *El hígado de Prometeo* (2016), *Crónicas biliares* (2017) o *Vidas cipotudas* (2018), esta nueva obra de Bustos, *Asombro y desencanto*, presenta una crónica de viaje por Castilla y Francia que funde periodismo y literatura. Con la convicción de que «la esencia del periodismo es el periodismo de viaje» y «el viaje es el origen mismo de la literatura», Bustos (Madrid, 1982) exploró en el verano de 2015 la ruta de Don Quijote para escribir unos textos por entregas en el periódico *El Mundo*, a modo de efemérides por la celebración del cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del clásico cervantino.

Tal encomienda inspirada de nuevo en Azorín y en su libro reporteril de 1905, *La ruta del Quijote*, se recoge íntegra en

Asombro y desencanto. Además, le acompaña otra crónica sobre un viaje realizado en 2019 por cuenta propia del autor por tierras francesas. Dos recorridos que Bustos califica de “choque constante entre paradigmas opuestos”: desde Puerto Lápice a la cueva de Montesinos; y desde la baja Aquitania hasta Normandía, pasando por Bretaña, París y regresando por la orilla del Loira. Un planificado trayecto solo a veces modificado cuando el viajero se deja sorprender por rumbos imprevistos, atajos que le llevan a descubrir pueblos y rincones hallados por casualidad o por consejo de los lugareños.

Como una especie de cronista exegeta, Jorge Bustos retrata las características llanuras de espigas rubias de La Mancha y los fabulosos *châteaux* y las verdes campiñas galas con “un estilo luminoso”, según afirma Andrés Trapiello en el prólogo. Las descripciones se completan con las reflexiones históricas, artísticas y sociales. Así pues, todo este engranaje lingüístico de honda intelectualidad engrandece al periodismo narrativo: el empleo de recursos literarios como el símil, el gracejo irónico o las imágenes plásticas (“el serrucho insidioso de la chicharra”, “la bruma como una gasa de algodón”, “un lagarto como un calambre verde”); la solidez del léxico; el equilibrado

contraste entre referencias cultas y populares; la asimilación de la tradición literaria viajera española (Moratín, Azorín, Bello, Pla); o una mirada sensible que halla lo insólito en lo cotidiano, que trasciende el mero escenario para consignar también lo intangible de todo un territorio mítico.

Además del bagaje cultural que permite a Bustos explorar a cada kilómetro la idiosincrasia que cala el paisaje desde siglos, quedan manifiestos su amor hacia el lenguaje y su voluntad de estilo. Propende a esas “palabras inusitadas” que reposan en los pequeños pueblos, y de las que ya habló Azorín en su libro *Madrid*. Por esta razón, y desde un costumbrismo nostálgico, Bustos recoge ciertos términos telúricos como una muestra representativa de sabiduría ancestral (“cantarera”, “tenacillas”, “horcate”). Esta labor resulta importante porque, en opinión del autor, “lo que le ocurre al periodismo es que está perdiendo la conexión con la esencia lingüística del oficio”, de modo que él prefiere más bien “huir de la virtualidad del tiempo falso de la máquina” y reencontrarse “con las cosas mismas, cada una designada con la palabra exacta”.

Por este razón, el trabajo sintético, artesano y paciente de esta obra constituye una exigencia del periodismo narrativo rayana a la depuración verbal reclamada por la lírica. El columnista Raúl del Pozo escribió que la lectura de la poesía debía ser tarea clave en la formación del periodista, dado que “el verso te obliga a la síntesis” (precisión, concisión, claridad). “Para Jorge Bustos en ese viaje lo más importante es poder contar”, afirma Trapiello. Y “viajar para contar es, sobre todo, eso: ver lo que está, pero que nadie ve”, escribe Leila Guerriero en *Zona de obras*. Y en esta vertiente de pensamiento, ya explicó el filósofo Ortega y Gasset que “el síntoma de un gran poeta es contarnos algo que nadie nos había contado, pero que no es nuevo para nosotros”. Tal agudeza en la contemplación a

la altura de la introspección poética eleva al periodismo a categoría artística.

Además de su belleza textual, otro elemento que convierte a esta crónica viajera en ejemplo y modelo del buen periodismo narrativo consiste en resaltar los hechos, las descripciones, los testimonios al paso, y solidificar tal material en interpretaciones contrastadas. Del mismo modo, alejarse de los tópicos encallados, sortear los lugares comunes que indefectiblemente se llevan ya grabados en el imaginario social de La Mancha o París, se convierte en un desafío. Así, viajar ayuda a desprenderse de los prejuicios como enseña Bustos en *Asombro y desencanto*, a lo largo de cuya narración se establece un enjundioso diálogo con las propias tipificaciones identitarias de un lugar, el carácter y el clima, el individualismo y el colectivismo, apoyándose en reflexiones de otros escritores, artistas e intelectuales que contribuyeron a la forja cultural de una nación. “Uno madura leyendo y viajando. (...) No basta con que deslices los ojos gustosamente por una página bien escrita o por una ciudad bien trazada: hace falta que eso que miras penetre en ti hasta alterarte. (...) Solo lo calificado, lo mortuorio, lo desahuciado no cambia ya”.

Para afrontar esta actitud periodística, la palabra clave que abraza Bustos recae en el asombro, que “es una premisa de la humildad y es enemigo de la prepotencia que se vierte en los sumarísimos juicios digitales. El asombro está compuesto a partes iguales de curiosidad e incerteza, y es incompatible con llevar la superioridad moral por fuera del pantalón o de la falda. El prejuicio nunca se asombra de nada. El asombro no se engríe ni se sabe imponer sin conocer primero y medir el adjetivo después. El poeta y el periodista debieran compartir la condición de Keats: perder la identidad del sujeto en beneficio de la belleza del objeto o de la verdad del hecho. Por eso, el mejor viajero tiene siempre algo de reportero-poeta”.

En definitiva, las enseñanzas humanísticas y oportunas que se pueden extraer de esta obra para la formación de periodistas apuntan sobre todo en dos direcciones: por un lado, destacar el valor de la palabra como herramienta de comunicación fundamental para dotar al periodismo de entidad narrativa, intelectual y crítica, y entroncarlo

en la raigambre literaria española de la crónica viajera; así como, por otro lado, educar y fortalecer una mirada sensible y analítica, capaz de extraer e interpretar a su alrededor la mayor cantidad de información posible.

Antonio Fernández Jiménez
Universidad de Murcia